

# **EL CÓLERA: OPORTUNIDADES DE CONTROL Y RESISTENCIAS POPULARES. TUCUMÁN, 1886-1887**

MARÍA CECILIA GARGIULO

María Cecilia Gargiulo es becaria del CONICET con sede en el Instituto Superior de Estudios Sociales, CONICET / Universidad Nacional de Tucumán.

## **Resumen**

El objeto de este trabajo es analizar los mecanismos de control social y las estrategias de resistencia de los sectores populares, activados durante la epidemia de cólera que se desató con virulencia en la provincia de Tucumán en el verano de 1886-1887.

La epidemia fue entendida por las clases dirigentes como una oportunidad única para profundizar el proyecto «civilizador». Los sectores populares reaccionaron a través de distintas estrategias. La firme desconfianza hacia los médicos, la persistencia de costumbres fuertemente combatidas, el levantamiento armado de más de 300 hombres para asesinar a los miembros de una de las comisiones de higiene, son algunas de las formas analizadas a lo largo de este trabajo.

## **Summary**

The purpose of this paper is to analyze the mechanisms of social control and the strategies of resistance of popular sectors that were set in motion during the epidemic of cholera which broke out violently in the province of Tucumán in the summer 1886-1887.

The epidemic was considered by the ruling classes as a unique opportunity to progress with the «civilizing» project. The popular sectors reacted to the attempts to invade their lives, bodies and customs through different strategies. The firm distrust of doctors, the persistence of customs strongly attacked, the armed uprising of more than 300 men to murder the members of one of the hygiene commissions are some of the ways analyzed throughout this paper.

## INTRODUCCIÓN

Este trabajo aborda algunos de los mecanismos de control social y las estrategias de resistencia de los sectores populares, activados durante la epidemia de cólera<sup>1</sup> que se desató con virulencia en la provincia de Tucumán en el verano de 1886-1887. El flagelo se expandió por varios puntos del territorio nacional, entre ellos Buenos Aires, Córdoba, Rosario y Mendoza, adquiriendo mayor dimensión en Tucumán, donde provocó la muerte de 6000 personas o más.

Teniendo en cuenta que en los últimos años la producción historiográfica de la enfermedad y la salud en la Argentina viene desarrollándose desde una variedad de enfoques, en este trabajo decidimos adoptar una perspectiva que Armus denomina socio-cultural de la enfermedad. En este marco se entiende la medicina moderna como un conjunto de recursos normalizadores capaces de desarrollar conocimientos y lenguajes disciplinares particulares, destinados a controlar a los individuos y a sus cuerpos, a regular la sociedad, a etiquetar las diferencias y a legitimar los sistemas ideológicos y culturales<sup>2</sup>. (Armus, 2007)

Con esta mirada se pretende poner en evidencia las metáforas asociadas a la enfermedad –en este caso el cólera–, en un momento de institucionalización y profesionalización de la medicina, que se manifiesta en la gradual asunción por parte del Estado –municipal, provincial y nacional–, de un creciente rol en la difusión de la medicina científica y como promotor de avances en la infraestructura sanitaria.

<sup>1</sup> El Cólera es una enfermedad aguda, diarreica, provocada por la bacteria *Vibrio Cholerae*, la cual se manifiesta como una infección intestinal. La infección generalmente es benigna y asintomática, pero, a veces, puede ser grave. La enfermedad en estado grave provoca diarrea acuosa profusa, vómitos y entumecimiento de las piernas. En estas personas, la pérdida rápida de líquidos corporales lleva a la deshidratación y a la postración. Sin tratamiento adecuado, puede ocurrir la muerte en cuestión de algunas horas. Una persona puede adquirir cólera bebiendo líquido o comiendo alimentos contaminados con la bacteria del cólera. Durante una epidemia, la fuente de contaminación son generalmente las heces de una persona infectada. La enfermedad puede diseminarse rápidamente en áreas con tratamientos inadecuados de agua potable y aguas residuales. La bacteria del cólera también puede vivir en ríos salubres y aguas costeras. Es poco común la transmisión del cólera directamente de una persona a otra; por lo tanto, el contacto casual con una persona infectada no constituye un riesgo para contraer la enfermedad. Se presenta como epidemia donde existen condiciones sanitarias deficientes, hacinamiento, guerra e inanición.

<sup>2</sup> Diego Armus, *La ciudad impura. Salud, tuberculosis y cultura en Buenos Aires, 1870-1950*, Buenos Aires, Edhasa, 2007.

Para realizar este trabajo se utilizaron como fuente principal los artículos publicados por el diario *El Orden*, en ocasión de la epidemia de cólera del verano de 1886-1887. Se considera importante analizar este discurso porque representa el pensamiento de lo que podríamos denominar un sector emergente de profesionales y sectores medios urbanos que buscaban consolidar su influencia en la política local. En Tucumán, la prensa adquirió un rol protagónico y fundamental durante la epidemia, ya que a través de ella se difundían consejos, previsiones y sugerencias respecto a la enfermedad, al tiempo que se alertaba sobre los efectos nocivos de la falta de higiene y los malos hábitos. En los diarios se expresaban, además, las repercusiones que la epidemia tenía en la política local y nacional, que no fueron pocas, alentando y criticando a los poderes públicos y grupos de la sociedad civil por los aciertos y errores que se cometían.

Finalmente, este trabajo trata acerca de resistencia que los sectores populares pusieron en marcha para hacer frente a la agudización del proceso de medicalización producido por la epidemia. Aportes recientes intentan aplicar una perspectiva que deja de pensar en los controlados como víctimas y meros depositarios de la opresión estatal y social<sup>3</sup>. Se cuestiona la historiografía del disciplinamiento, muy optimista en la consideración de la capacidad de intervención social de la élite reformista, al evaluarse críticamente los límites externos de sus avances, así como el nivel de correlación entre la normativa y su traslado a las prácticas<sup>4</sup>.

A continuación se desarrollarán estos temas, organizando la exposición en una serie de puntos: la apelación de la prensa y el Estado a los vecinos como responsables de la salud pública; el miedo a la enfermedad como fenómeno social que atraviesa todas las prácticas del período bajo estudio; las manifestaciones de resistencia al embate de médicos y funcionarios con sus expresiones más violentas; la crítica a la vida y costumbre de los sectores populares y su agudización al ritmo de la expansión de la epidemia y, finalmente, un breve análisis sobre las secuelas que dejó la epidemia en la relación entre los elementos «burgueses» y «populares», en tanto que parece haber implicado la profundización de las medidas de control y sujeción como saldo para los derrotados por el flagelo.

<sup>3</sup> María Silvia Di Liscia y Ernesto Bohoslavsky (eds.), *Instituciones y formas de control social en América Latina 1840-1940, una revisión*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005, p. 14.

<sup>4</sup> Ídem, p. 67.

## LA LLEGADA DEL CÓLERA Y LAS DISPUTAS EN TORNO A LOS CORDONES SANITARIOS

Tal como señala González Leandri, la epidemia de cólera de 1886 determinó dos cuestiones. Por un lado su fin marcó el momento en que un conjunto de médicos comenzó a actuar en un plano de mayor visibilidad e influencia sobre la definición de «cuestiones» que marcaron el estilo de intervención del poder público. Este proceso tuvo expresión también en los marcos provinciales, lo que fue analizado por Adrián Carbonetti<sup>5</sup> y Agustina Prieto<sup>6</sup> para los casos de Córdoba y Rosario respectivamente. Los avances son especialmente sensibles al considerar el accionar de los médicos y el arraigo institucional de los mismos desde una perspectiva comparativa entre el brote epidémico de 1866-67 y el de 1886-87<sup>7</sup>. Aunque aún no contamos con trabajos de este estilo para Tucumán, podemos afirmar que el proceso local es equivalente al registrado en otros puntos del interior del país.

En Tucumán los avances en el marco de la epidemia pasaron por la ampliación del Tribunal de Medicina con la incorporación de profesionales, la organización de comisiones de vecinos para controlar el estado sanitario en la campaña, la instalación de cuatro lazaretos en la capital y la formación de una Junta de Asistencia Pública con facultades precisas (inspección de los centros de población, nombramiento de comisiones de vecinos, servicios permanentes de farmacia, médicos y enfermeros)<sup>8</sup>.

Por otro lado, coincidimos con González Leandri en que las tensiones regionales que generó la epidemia devinieron en una suerte de «descubrimiento» higiénico del interior del país por parte de las autoridades nacionales e instituciones médicas, que hasta el momento se habían ocupado en términos formales de la higiene nacional, limitando su acción al ámbito metropolitano de Buenos Aires<sup>9</sup>. Respecto a este punto nos interesa destacar la fuerte y prolongada polémica en torno a las causas

<sup>5</sup> Adrián Carbonetti, «La conformación del sistema sanitario de la Argentina: el caso de la provincia de Córdoba, 1880-1926», en: *Dynamis*, vol. 25, Granada, 2005, p. 96.

<sup>6</sup> Agustina Prieto, «Rosario: epidemias, higiene e higienista en la segunda mitad del siglo XIX», en: Mirta Lobato (comp.), *Política, médicos y enfermedades: lecturas de la historia de la salud*, Mar del Plata, Biblos, Universidad de Mar del Plata, 1996.

<sup>7</sup> Adrián Carbonetti, «Cólera y modernidad, las epidemias de 1867/68 y 1887/87», en: *Actas del II Taller de Historia Social de la Salud y la Enfermedad*, 2006.

<sup>8</sup> M. Estela Fernández, «Estado y Sociedad frente a la epidemia de cólera. Tucumán, 1886-1887». Inédito.

<sup>9</sup> Ricardo González Leandri, «El Consejo Nacional de Higiene y la consolidación de una elite profesional al servicio del Estado. Argentina, 1880-1900», en: *Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla, CSIC, 2004.

del ingreso de la enfermedad en la provincia, ya que tuvo como eje la diferencia de criterios entre algunos gobiernos provinciales y el poder nacional respecto a la implementación de los llamados «cordones sanitarios».

Con el cólera declarado en Buenos Aires y Rosario, la aparición de los primeros casos en Córdoba, a fines de noviembre de 1886, generaron la alarma en las provincias del norte, llevando a los gobiernos de Tucumán, Santiago del Estero y Catamarca a establecer un «cordón sanitario» para aislar la región del conjunto nacional, paralizando la circulación ferroviaria y el tráfico de correspondencia proveniente del Litoral y Córdoba<sup>10</sup>. El gobierno nacional se opuso rotundamente a esta medida que iba acompañada de la cuarentena de los pasajeros. Los ribetes conflictivos de esta diferencia se agudizaron con la llegada del cólera en un tren que transportaba al Regimiento N° 5 de Caballería, enviado por el gobierno nacional. Según denunciaba el oficialismo provincial, el tren había sido enviado por el gobierno nacional como respuesta a una serie de telegramas enviados por la oposición y dirigidos al Presidente de la República, en el que se denunciaba al gobernador de Tucumán «revelado contra la autoridad nacional por no obedecer a la orden de suprimir las cuarentenas interprovinciales». «El 5° venía en actitud de guerra contra un Gobernador inicualemente calumniado por sus enemigos». En la nota se narraba que habiéndosele observado a un general de la nación que debía proveerse de desinfectantes para la unidad que veníaapestada, éste había contestado: «lleva doscientos cartuchos por hombre que es el mejor desinfectante»<sup>11</sup>.

La disputa en torno al establecimiento de cordones sanitarios tendría prolongada repercusión en el ámbito nacional y local. Era claro desde la perspectiva provincial que la peste se había propagado por el «error administrativo del Gobierno Nacional de haber abierto de par en par las puertas a la peste con la comunicación franca de todo el país con los lugares infestados». Argumentando esta posición se hacía referencia a un congreso médico en París en el año 1867, que se había

<sup>10</sup> María Celia Bravo, Sofía Brizuela, Pablo Hernández, «Cólera, discursos apocalípticos, sectores populares y política en Tucumán», Inédito.

<sup>11</sup> «El Gobierno de Tucumán no tiene la culpa de la importación del cólera, que vino dentro de las cartucheras del quinto de línea, que llegó infestado sin médico y sin botica. Los que calumniaron a este Gobierno con repetidos telegramas presentándolo como rebelde al Gobierno Nacional, esos chismosos de mala ley son en primer lugar los responsables de la invasión de la peste. Lo son también en gran parte los charlatanes que a título de caritativos, atajaron los cólicos del 5° y propagaron el contagio en toda la ciudad», en: *El Orden*, 24/03/1887.

pronunciado a favor de esta medida: «el cólera se trasmite de hombre a hombre y no de otra manera», viajando en los vapores y ferrocarriles, por lo cual «no hay más medios de limitar e impedir la propagación del flajelo que las cuarentenas y los cordones sanitarios». Entre nosotros, decía la nota, «con el desierto de por medio entre provincias y ciudades, se puede afirmar que serían inviolables los cordones sanitarios»<sup>12</sup>.

En sentido contrario se pronunciará el Congreso Sanitario Nacional, reunido en Buenos Aires en enero de 1887 para realizar un balance de lo actuado durante la ya menguante epidemia. Las conclusiones del mismo eran contundentes en el sentido de ratificar la postura del gobierno nacional en contra de cordones y cuarentenas: «la experiencia actual de la república y la de otras épocas, así como la de los países más civilizados de otras regiones, ha hecho patente la ineficacia de los cordones sanitarios para contener en una comarca los progresos de las epidemias, particularmente de cólera, y las perturbaciones que tales medidas acarrearán, cerrando las comunicaciones e impidiendo la atención preferente que debe prestarse a otros medios de indiscutible valor»<sup>13</sup>.

En contra de esta resolución *El Orden* publica una serie de artículos médicos, con la cual pretendía fundamentar la postura a favor de las cuarentenas y cordones, haciendo referencia a la historia de las epidemias en el país<sup>14</sup>. Las acusaciones al gobierno nacional por su responsabilidad en la expansión de la epidemia se agudizan cuando corre el rumor de que el Congreso Médico iba a pronunciar un voto de censura contra el Gobierno de Tucumán por su indolencia durante el reciente brote colérico<sup>15</sup>. Más allá de estas notas de color, trasminadas por las rencillas políticas, es claro que la preocupación central del Congreso Médico era sentar y fundamentar una posición sobre la fijación de cordones sanitarios y otras medidas de aislamiento<sup>16</sup>.

<sup>12</sup> *El Orden*, 19/02/1887.

<sup>13</sup> *El Orden*, 19/01/1887.

<sup>14</sup> Entre ellas cabe destacar la carta del Dr. Bruland, presidente de la Asistencia Pública provincial, publicada en la *Revista Médico Quirúrgica* en octubre de 1878, en la cual narraba su experiencia como médico a bordo de una barca francesa que proveniente de San Sebastián en el año 1841 con 320 pasajeros, desata una grave epidemia de viruela en Montevideo y Buenos Aires, y deja un saldo de entre 10 a 12 mil víctimas, en: «Conferencia médica», *El Orden*, 18/03/1887.

<sup>15</sup> *El Orden*, 24/03/1887.

<sup>16</sup> «Congreso Sanitario (de *La Razón* de Buenos Aires)», *El Orden*, 18/04/1887.

## CADA VECINO DEBE SER UN GUARDIÁN

A fines del siglo XIX los pobladores de la provincia de Tucumán estaban expuestos a frecuentes epidemias que, como la del cólera, golpeaban duramente a una población mal alimentada que vivía en un estado sanitario deficiente. En la Capital y la campaña, las condiciones de hacinamiento en que vivían muchas familias multiplicaban los *focos de infección*; los hospitales y el personal profesional resultaban insuficientes; se carecía de servicios de agua potable; la principal industria de la provincia sometía a los trabajadores a pésimas condiciones de vida en los ingenios, y la recurrencia a curanderos era generalizada<sup>17</sup>.

Algunas investigaciones coinciden en señalar a esta epidemia como un punto de inflexión en la salud pública de Tucumán, que consistió no sólo en la promoción de cambios en la posición del Estado respecto de las cuestiones de salud, sino también en la aparición de una conciencia diferente de las élites dirigentes respecto al tema<sup>18</sup>. Creemos que durante la epidemia de cólera se construyó desde el discurso de la prensa, aunque no exclusivamente desde él, una imagen de los enfermos a través de la cual se buscaba profundizar el proceso de transformación cultural de las clases populares impulsado por las élites. Por otra parte, creemos que la epidemia fue entendida por estas clases como una oportunidad única para profundizar este proyecto «civilizador», lo cual fue percibido por los sectores populares como una arremetida contra sus cuerpos, espacios, libertades y prácticas, generando múltiples formas de resistencia. Este proceso de «civilización», «blanqueamiento» y «homogenización» puede ser interpretado, en cuanto a sus manifestaciones a nivel cultural, como el enfrentamiento entre dos sensibilidades, una «popular» y la otra «burguesa»<sup>19</sup>.

<sup>17</sup> M. Paula Parolo, Daniel Campi, M. Estela Fernández, «Auge azucarero, mortalidad y políticas de salud en San Miguel de Tucumán en la segunda mitad del siglo XIX», en: *Estudios Sociales*, N° 38, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2010.

<sup>18</sup> *Ibíd.*

<sup>19</sup> Este proceso de transformación cultural es interpretado por José Pedro Barrán como la confrontación entre dos «sensibilidades» o dos maneras de concebir el mundo: una «popular», formada por la confluencia de diferentes tradiciones culturales, portadoras de una cultura preindustrial, con hábitos propios de economías de subsistencia, y otra «burguesa», que intentaba imponer la élite y el Estado. El término sensibilidad puede ser considerado el equivalente rioplatense del concepto francés de mentalidades. Alude a la evolución de la facultad de sentir que cada cultura tiene y en relación a qué la tiene. Incluye los hábitos del pensar de una época, pero también las formas del sentir colectivo, las emociones, las pasiones, el goce, la vida pública, el desenvolvimiento del cuerpo y la coacción social. José Pedro Barrán, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, t. II, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1994.

Mediante la imposición de nuevas formas de «sensibilidad» se intentaba establecer una moral pública que estuviera acorde con los proyectos políticos y económicos de la élite. En Tucumán, esta «moralización» o «civilización» de las clases populares fue de la mano del proceso de proletarización que exigía la industria azucarera, el cual implicaba nuevas nociones respecto al tiempo, al espacio, al trabajo, el descanso, las recreaciones, la religiosidad, etc. De obreros y sirvientes se esperaba que aplicaran a la vida privada hábitos que eran vistos como el correlato de lo que se les exigía en lo público<sup>20</sup>. Lo que estaba bajo la lupa entonces era el individuo, cuya vida se intenta dirigir y organizar, tanto en el ámbito privado como público. El objetivo era el orden, que no es otra cosa que la obediencia, el fin de las resistencias, el acatamiento a ciertas normas y valores.

Estos procesos complejos y característicos del período analizado, fueron estudiados para el caso de otras provincias. En el caso de Córdoba se afirma que las poblaciones locales fueron parte de un «plan de erradicación» debido a las condiciones en que vivían, caracterizadas por el hacinamiento, la falta de higiene personal y de las habitaciones, y la problemática ambiental. Estas condiciones de vida las conformaban como miembros de clases peligrosas, que debían ser erradicadas de los lugares cercanos a la población. Se destaca el carácter violento y unilateral del accionar del Consejo de Higiene, que justificaba las medidas esgrimiendo la urgencia de la situación epidémica<sup>21</sup>.

Son indiscutibles los avances que, producto de la epidemia, se produjeron tanto en la infraestructura sanitaria, como en la organización de la sociedad civil. Entre ellas cabe destacar la organización de la Junta de Asistencia Pública, la cual tuvo por objetivo garantizar el servicio médico gratuito en todo el territorio provincial. Su principal herramienta era el nombramiento de comisiones de vecinos para vigilar la higiene, así como el establecimiento de servicios permanentes de farmacia, médicos y enfermeros. También es importante destacar, en el ámbito de la sociedad civil, la creación de un hogar para los huérfanos del flagelo por iniciativa de Elmina Paz de Gallo, miembro de la élite socio-política, quien decide entregar toda su fortuna y

<sup>20</sup> Fernando Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos imaginarios*, México D.F., El Colegio de México, 1993.

<sup>21</sup> Adrián Carbonetti, «Cólera y modernidad, las epidemias de 1867/68 y 1886/87», en: *II Taller de Historia Social de la Salud y la enfermedad*, 2006.



transformar su casa en un hogar para los huérfanos —a cuyo cuidado se dedica personalmente—, junto con grupos de mujeres que secundan y amplían su actividad<sup>22</sup>.

La prensa consideraba la epidemia como una oportunidad única para irrumpir en la vida privada de los sectores populares, amparados en el clima de «responsabilidad social» que la enfermedad agudizaba. Desde este lugar, realizaba una crítica minuciosa de los modos de vida, aseo personal y de las viviendas, hábitos de alimentación, costumbres y tradiciones, tales como velorios, festejos y ámbitos de sociabilidad, entre otros aspectos. Esta crítica partía de una concepción en la cual cada individuo era responsable de la difusión de la enfermedad, por lo cual eran sus elecciones de vida las que permitían o frenaban el avance del flagelo.

Desde las páginas del diario se proponía una división de tareas en el seno de la sociedad, en el marco de la cual se responsabiliza a los individuos, que debían asumir riesgos y compromisos en pos del bienestar general: «La autoridad a su puesto. El pueblo en el que le corresponde. Y todos a trabajar en el sentido que indicamos»<sup>23</sup>. «[...] cada vecino debe ser un guardián, para así garantizar en algo si es posible la salud pública»<sup>24</sup>.

La prensa señalaba dos preocupaciones principales respecto al pueblo, en las que los vecinos debían operar de manera urgente para provocar un cambio: las vidas desarregladas y entregada a los «excesos», y el temor a los médicos.

La falta de personal obligaba a los poderes públicos a solicitar la ayuda de los vecinos en tareas concretas y riesgosas: por ejemplo, el Intendente Municipal apelaba al «patriotismo de los vecinos»<sup>25</sup> para establecer un servicio de fumigadores en viviendas que habían sido ocupadas por coléricos. Este tipo de participación, así como las fuertes críticas contra los que abandonaban la ciudad, manifiestan

<sup>22</sup> Elmina Paz de Gallo fue secundada por un grupo de mujeres, quienes dieron continuidad al proyecto del asilo de huérfanos fundando una congregación religiosa. Desde 1886 hasta 1911, año de la muerte de Elmina Paz, este grupo de mujeres tucumanas, amplía su acción caritativa y su experiencia religiosa, abriendo conventos y asilos en cinco ciudades más, utilizando sus vinculaciones familiares y políticas para llevar adelante sus propósitos. En: Cynthia Folquer, «La elite local de Tucumán en la construcción del Estado-Nación argentino. El caso de Benjamín Paz y de Elmina Paz de Gallo (fines del siglo XIX - principios del XX)», en: *Revista de Indias*, vol. LXVII, N° 240, Madrid, CSIC, 2007, pp. 433-458.

<sup>23</sup> *El Orden*, 23/11/1886.

<sup>24</sup> *Ibíd.*

<sup>25</sup> *El Orden*, 01/04/1887.

ideas de responsabilidad social, que si bien parece ser un rasgo de la vida social del período, eran activadas especialmente cuando sobrevenían epidemias.

Respecto a este tema es ilustrativa una nota del diario *El Orden* en la que se establecía claramente cuál era el rol que a cada poder y a cada individuo correspondía según su condición social: «cada individuo debe ser el guardián celoso de su salud», pero en el marco de una casa<sup>26</sup> no todos son capaces de vigilar por su propia vida, «unos por ignorancia, otros por falta de edad competente...», allí la responsabilidad recaía en el jefe de la casa, quien debía auxiliar a los que estaban «bajo su dirección y vigilancia». En la ciudad la acción era competencia «de la caridad o del poder vecinal o municipal». Los vecinos eran investidos así de un poder sobre los otros, en la medida en que asumieran alguna forma organizativa. Este poder territorial «vela por que la ignorancia o indolencia o falta de recursos en una casa no puedan ser de consecuencias fatales para las demás [...] Por eso un vecino que no haga lo que se le indica [...] debe ser reprendido y obligado a hacer desaparecer las causas que produzcan ese peligro»<sup>27</sup>.

Sin embargo este poder vecinal tenía un limitado radio de acción, más allá del cual se ejercía «la acción del poder general del Estado». Y aquí viene la parte más rica de este organigrama, según el cual era recién en este radio, que excedía a la ciudad, donde era lícito requerir la competencia de los poderes públicos, los cuales se manifestaban fundamentalmente a través de la coacción: «El poder no hace más que obligar a ese individuo a que cumpla con uno y otro de esos deberes. [...] Secundariamente va con sus auxilios o con su vigilancia donde la acción particular no alcanza o no puede ir»<sup>28</sup>.

Pero esta lógica iba más allá: como los fondos eran a su vez suministrados por los vecinos, ya sea en forma de contribuciones ordinarias o de dádivas voluntarias, «siempre es sobre los particulares que pesa el cumplimiento de tales deberes». Con lo cual, sigue el razonamiento, se establecía claramente que «si los particulares llenasen de por sí todas esas obligaciones, el poder no tendría papel que desempeñar»<sup>29</sup>.

<sup>26</sup> Es interesante observar que se dice «casa» y no «familia», por lo que la responsabilidad del jefe abarca no sólo a sus consanguíneos, sino a todos los que viven bajo el mismo techo.

<sup>27</sup> *El Orden*, 24/12/1886.

<sup>28</sup> *Ibíd.*

<sup>29</sup> *Ibíd.*

Esta lógica, que no es otra que la del Estado liberal, fallaba cuando los individuos faltaban a sus responsabilidades. Así, un fenómeno eminentemente social como una epidemia, que se vincula a una multiplicidad de factores (la infraestructura sanitaria, las condiciones de educación e higiene, la salud y alimentación de la mayor parte de la población), se reducía a la mera iniciativa individual, recayendo la responsabilidad de la propia vida y la del conjunto social en el sujeto, obligado a seguir determinados parámetros de comportamiento en la vida pública y privada.

Los que incumplían estas responsabilidades, por falta de medios o por ignorancia, debían ser socorridos por los poderes públicos, que se veían superados en su capacidad de resolución. En este punto la colaboración del vecino, lector de la prensa, se convertía en un elemento vital. Se proponía una división de tareas entre los mismos, en la que mientras algunos debían limitarse a aportar recursos, otros podían dirigir los trabajos, otros hacer visitas domiciliarias dando instrucciones higiénicas, otros asistir a los enfermos, y así «todos, por fin, pueden tener su puesto en este combate general, cada cual según su capacidad y sus medios de acción».

Con este tono marcial, en donde cada ciudadano era concebido como un soldado ocupando un puesto de batalla contra la epidemia y la desidia de los demás, cerraba la nota de *El Orden*, con una frase que, desde nuestra perspectiva, sintetiza de un modo elocuente la mirada de la élite sobre la epidemia: «Los momentos son preciosos, y no hay que perderlos»<sup>30</sup>.

### ***JULEPIS MORBUS***

El pánico que generaba el avance avasallador de una epidemia es un fenómeno que ha sido destacado frecuentemente por quienes estudian el tema y resalta como un dato importante en las fuentes consultadas. Decidimos dedicarle un apartado porque creemos que el pavor que la enfermedad provocaba es fundamental a la hora de comprender los peores y los mejores gestos a que daba lugar: la valentía de los médicos y voluntarios, la huida de las familias potentadas, el recurrente abandono de personas y la valerosa iniciativa de algunas mujeres de la elite.

La dureza de las escenas descritas por la prensa respecto al abandono de enfermos evidencia la indefensión que sentían los individuos ante el avance de la peste. La resistencia a los médicos y sus recetas, que será tratada en otro apartado,

<sup>30</sup> *Ibíd.*

formaba también parte de estas escenas de pánico y desesperación: se huía de la epidemia y se huía de los médicos. Sólo el aislamiento del enfermo y la clausura de sus «focos de infección» parecían garantizar la continuidad de la vida.

El cólera brindaba la oportunidad para un íntegro cuestionamiento de la vida de los sectores populares por parte de diferentes actores, entre ellos la Iglesia. Sus discursos asumían un tono apocalíptico, en el marco del «miedo social» y las muertes masivas, a través de los cuales se situaba en el centro de la escena pública, explicando el carácter arrasador de la peste como consecuencia de los «vicios» humanos y el «alejamiento de Dios»<sup>31</sup>.

El miedo es objeto de varios artículos de *El Orden*; a veces con tono angustioso, otros más socarrones, como el título que abre este apartado, *Julepis Morbus*<sup>32</sup>. Perturbaba al conjunto de la sociedad, generando distintas reacciones, las cuales eran evaluadas por la prensa según el origen social de los afectados. Así, por ejemplo, las familias acomodadas abandonaban la ciudad prematuramente para dirigirse al campo y a provincias vecinas<sup>33</sup>. Pero la huida y el aislamiento no constituían prácticas exclusivas de esta clase. A fines de 1886 los peones y pobladores de Alderetes, la Banda y Cruz Alta migraban masivamente a Burruyacú<sup>34</sup> apareciendo, en consecuencia, los primeros casos de cólera en la zona. Los infelices emigrados vagaban «en medio de los bosques y en los campos sin tener siquiera de qué vivir y careciendo absolutamente de remedios para el caso de que se enfermen». El peligro del caos se cierne como una amenaza real.

El tema del miedo, que tenía fuertes repercusiones entre los sectores populares volviéndolos más peligrosos e irascibles, formaba parte de los debates y enfrentamientos políticos del momento. *El Orden* advertía a los voluntarios de la Cruz Roja, aliados al gobierno nacional juarista y enfrentados con el provincial, acerca de las medidas que esta asociación emprendía, como posibles desencadenantes del descontrol social. El presidente del Tribunal de Medicina, Dr. Bruland, publicaba una nota desmintiendo las medidas con que amenazaba la Cruz Roja a la población, e intentando detener sus efectos de pánico:

<sup>31</sup> M. Celia Bravo, Sofía Brizuela, Pablo Hernández, «Cólera, discursos ...», op. cit.

<sup>32</sup> Título de un artículo de *El Orden*, 12/02/1886.

<sup>33</sup> *El Orden*, 24/11/1886.

<sup>34</sup> *El Orden*, 31/12/1886.

«Circuló en el pueblo que los enfermos de cólera serán llevados violentamente a la casa de aislamiento. El pueblo está alarmado, con razón, desde que se le ha hecho creer que por la fuerza serán arrancados de sus casas y de su familia los enfermos de cólera. Es falso....»<sup>35</sup>.

En un momento en que todos los comportamientos son patologizados, «el miedo» es analizado minuciosamente en sus repercusiones físicas y sociales, e incluso como causante de la enfermedad. Se trataba de un fenómeno incomprensible que podía dar lugar a síntomas análogos a los del cólera al tiempo que facilitaba el contagio de quienes lo padecían<sup>36</sup>. Se aconsejaba a los vecinos acerca de las mejores estrategias para enfrentar la difusión de esta otra epidemia, tomando las sugerencias de un alienista de fama, el Dr. Pael, quien aconsejaba dedicarse a las distracciones y paseos recreativos y escuchar buena música para superar la cobardía y las flaquezas de ánimo<sup>37</sup>. Frecuentemente se remarcaba que el mejor profiláctico moral y físico era llevar una vida sobriamente ordenada y metódica, razón por la cual el pánico que cundía también entre las clases bajas no era objeto de tantas contemplaciones y consentidos consejos.

### **VIDAS DESARREGLADAS Y FOCOS DE INFECCIÓN**

La cultura de las clases bajas ofendía la sensibilidad de las clases medias y altas, en tanto negaba en la práctica los parámetros de decencia y moralidad propuestos por éstas. Actitudes ofensivas a la vista, un lenguaje soez, así como las estrategias de supervivencia que escapaban de su control, y que sin duda significaban una forma de oposición de los subordinados, erigían una barrera cultural<sup>38</sup>. A esto

<sup>35</sup> *El Orden*, 04/12/1886.

<sup>36</sup> *El Orden*, 24/12/1886.

<sup>37</sup> *Ibíd.*

<sup>38</sup> Alejandra Araya Espinosa, «Guerra, intolerancia a la ociosidad y resistencia: los discursos ocultos tras la vagancia. Ciudad de México 1821-1860», en: [http://www.americanismo.es/texto-completo-Araya\\_Espinoza\\_Alejandra-Guerra\\_intolerancia\\_a\\_la\\_ociosidad\\_y\\_resistencia\\_L-2835.html](http://www.americanismo.es/texto-completo-Araya_Espinoza_Alejandra-Guerra_intolerancia_a_la_ociosidad_y_resistencia_L-2835.html), 2002.

se sumaban las formas de resistencia y descontento abiertas, que hallaban en los levantamientos violentos una de sus amenazantes formas de expresión<sup>39</sup>.

La crítica a los hábitos y costumbres de los sectores populares, como principales responsables de la difusión del cólera, gira en torno a una serie de tópicos recurrentes. Los atacados son aquellos que llevan una «vida desarreglada»: los que viven en ranchos, en la suciedad y el desaseo; los debilitados por la mala alimentación o porque llevan una vida «viciosa»; los que respiran una atmósfera contaminada; los que no son pulcros en el vestir; los que poseen conductas moralmente incorrectas, signadas por toda clase de excesos, entre ellos con los alimentos y, especialmente, con el alcohol.

Estas afirmaciones se sostenían en supuestas observaciones científicas, como la nota titulada «Dato estadístico»<sup>40</sup>, según la cual todos los afectados por el vicio del alcohol en Tucumán habían padecido la enfermedad, ya que catalizaba el contagio<sup>41</sup>. Diego Armus analiza la significación social del alcohol, que era concebido por los contemporáneos como «un signo de degeneración», un fermento de disolución, de incapacidad y de envilecimiento moral y físico de los pueblos y las razas, que culminaba en la «pérdida de la voluntad», «la falta de disciplina y del deseo de progresar», «la ausencia de dignidad», «el abandono de los buenos sentimientos»<sup>42</sup>.

Las críticas a la ingesta de alcohol iban unidas a la represión de las fiestas y eventos que la propiciaban. El discurso anudaba en una secuencia lógica la vida social popular, el exceso de alcohol, el contagio y finalmente la muerte como su consecuencia inevitable. La prensa afirmaba que en los días festivos y los siguientes aumentaban los enfermos y defunciones, producto de los desarreglos, que traían «necesariamente el ataque colérico y la muerte casi instantanea de muchos de ellos, si no de la totalidad...»<sup>43</sup>.

<sup>39</sup> Daniel Campi reflexionando sobre la reacción de la elite a los episodios de resistencia popular, considera que los mismos eran vaciados de todo contenido social y político, al ser presentados como efecto de una vida de excesos y falta de moral, en Daniel Campi, «Trabajo, azúcar, disciplinamiento y resistencia. El caso de Tucumán, Argentina (segunda mitad del siglo XIX)», en: Alberto Viera, *Historia do Açúcar. Fiscalidade, metrologia, vida material e patrimonio*, Funchal (Madeira), Centro de Estudos de História do Atlântico, 2006, pp. 187-215.

<sup>40</sup> *El Orden*, 12/01/1887.

<sup>41</sup> «Los aficionados al alcohol» se llamaba el artículo en el cual se citaba el trabajo del Dr. Koch sobre el tema, en: *El Orden*, 24/12/1886.

<sup>42</sup> Diego Armus, *La ciudad impura...*, op. cit., pp. 181-182.

<sup>43</sup> *El Orden*, 24/12/1886.

Las notas adquieren un tono cada vez más virulento, en tanto se frustraban las esperanzas de que el pueblo cambiara radicalmente sus costumbres. Se consideraba a la fuerza como el único medio para ordenar la vida de esos sectores, y se pedía «mano dura» para corregir sus malos hábitos. Con sus deliberados e inauditos «desarreglos» difundían la epidemia, por lo que debía obrarse contra ellos «con rigor y con violencia». Se pedía que fueran sacados a palos de las poblaciones, aislados completamente, porque dando este tratamiento a unos cuantos borrachos se evitaba comprometer la salud de millares de habitantes: «Que se nos oiga, por Dios, y que no se tenga compasión a esta gente»,<sup>44</sup> rogaba la nota en su conclusión.

Los eventos que se pretendían suprimir eran parte fundamental de la sociabilidad de la mayor parte de los pobladores. Los velorios<sup>45</sup>, por ejemplo, eran ocasiones de encuentro, con bebidas y cantos, los cuales eran calificados por la prensa, junto con el carnaval y cualquier otra manifestación de sociabilidad popular, como sinónimos de «grandes chupatinas», «orgías escandalosas», «locas distracciones»<sup>46</sup>. El carnaval especialmente era considerado una «fiesta que trae siempre consecuencias fuertísimas por los excesos a que se entregan generalmente las masas», por lo cual fue prohibido en el año 1887, suspendiéndose además los bailes, corsos y tertulias organizadas por los vecinos de la ciudad para evitar que el mal ejemplo cundiera en la campaña.

Otra de las críticas a las costumbres de los sectores populares estaba centrada en sus hábitos alimenticios, especialmente el consumo de frutas que, como consecuencia de la crisis económica y la paralización de las actividades provocadas por la epidemia, se había convertido en un componente indispensable de la dieta popular. La gente del pueblo, «ignorantes peores que animales», no comprendían que la fruta era un veneno que los llevaría a una muerte segura. Se suplicaba a los sacerdotes, cuya palabra «influye mucho en el espíritu de estos ignorantes», que les recomendasen desde el «sagrado púlpito» su abstención<sup>47</sup>.

A medida que la epidemia se cobraba miles de vidas las notas perdían el optimismo inicial, adoptando un tono pesimista acerca de las posibilidades de modificar las *malas costumbres* del pueblo. El cólera avanzaba triunfante gracias a la *barbarie* de la

<sup>44</sup> *El Orden*, 20/12/1886.

<sup>45</sup> «Que se los saque a palos», en: *El orden*, 20/12/1886.

<sup>46</sup> *El Orden* 27/01/1887; 29/01/1887; 19/02/1887; 23/02/1887.

<sup>47</sup> *El Orden*, 15/01/1887.

población. La valiosa oportunidad que la epidemia había brindado no había podido aprovecharse por la persistente *irracionalidad* de la gente. El razonamiento era que si en tiempos de epidemia esta gente, que había sido la más cruelmente azotada por el flagelo, no había mejorado sus costumbres, no había esperanza de que lo hiciesen cuando pasara la enfermedad y se borrraran los tristes recuerdos que dejara<sup>48</sup>.

Que se trataba de una firme resistencia y no de mera ignorancia, que esa *oportunidad* se perdía porque el control de la vida de los sectores populares era percibido por los mismos como coercitivo, violento y evidente, era reconocido por el mismo artículo:

«La fuerza es demasiada arbitraria, la persuasión es palabra muerta. De sus propios intereses, nada quiere entender, por ser muy desconfiada de todos y de todo. Basta que se le señale un remedio a sus males, un alivio a sus infortunios, un consuelo a sus desgracias, para que lo mire con recelo y lo rechace con enojo ...»<sup>49</sup>.

La epidemia, por el doloroso saldo en vidas humanas que dejaba, toca profundas fibras de la sociedad tucumana. Cuando amainaba ya su furiosa arremetida, la prensa reflexionaba, buscando explicaciones en la persistencia de las *peores costumbres* en el pueblo tucumano. La enfermedad había diezmado a una población «ya señalada a la muerte por su modo de vivir, sus malas costumbres». La causa debía buscarse en «La ignorancia y barbarie que datan de muchos años atrás, que son una herencia de raza que no se puede destruir en algunos años y que el momento menos pensado, cuando se las cree sin fuerza, sin vida, resucitan con mayor crueldad?»<sup>50</sup>.

## **LAS MANIFESTACIONES DE RESISTENCIA**

La resistencia cotidiana de la población al poder de las autoridades se expresaba en una multiplicidad de formas: las dificultades para constituir y mantener autoridades respetadas, la persistencia de conductas consideradas de «mal vivir», comportamiento inadecuado en los espacios públicos y ámbitos de sociabilidad,

<sup>48</sup> *El Orden*, 18/01/1887.

<sup>49</sup> *Ibíd.*

<sup>50</sup> «¿Qué dirán de nosotros?», *El Orden*, 19/01/1887.



las que pueden ser analizadas como expresión de una cultura disidente, que se empeñaba en hacer y decir lo que abiertamente no se podía o estaba mal visto. La prueba de la existencia de un discurso oculto de resistencia en los sectores populares, estaría precisamente en la persistencia de una normativa que trataba de restringir los espacios donde se desarrollaban estas prácticas y discursos por temor al desorden y la insubordinación.

En sus estudios sobre la historia de la medicina social Foucault concluye que la asistencia médica a los pobres garantizaba al mismo tiempo la salud de las clases necesitadas y la protección de la población privilegiada. Las medidas implementadas con estos objetivos: la intervención en locales insalubres, las vacunaciones, los registros de enfermedades, etc., tenían por objeto el control de los más pobres. Por esta razón, el control médico inglés –caso que estudia Foucault– provocaba reacciones violentas de la población e insurrecciones antimédicas en la segunda mitad del siglo XIX. Los objetivos de las resistencias contra la medicalización autoritaria eran «reivindicar el derecho a la vida, el derecho a enfermarse, a curarse, y a morir, según el deseo propio»<sup>51</sup>. El autor interpreta estas resistencias como una forma de lucha política que se oponía a la implementación de una medicina de los pobres al servicio de unos intereses de clases que no eran los propios, y que buscaba hacer a estas poblaciones más aptas para el trabajo y menos peligrosas para las clases adineradas<sup>52</sup>.

El rechazo a los médicos en el proceso de profesionalización de las artes de curar y de consolidación de los Estados nacionales constituye entonces un fenómeno generalizado, que se acentuaba durante las epidemias, no sólo en Tucumán, sino también en otras provincias argentinas y en países de todas las latitudes. En este sentido, la epidemia era vista como una oportunidad única para intentar quebrantar ciertas barreras.

Para el caso que nos ocupa, la prensa documenta numerosos episodios de ocultamiento de enfermos, hostilidad hacia los médicos y reacción contra los medicamentos suministrados: «no tiene nada señor, y no permitiremos le den remedios que sólo sirven para despearlos»<sup>53</sup>, testimoniaba alguien en la prensa.

<sup>51</sup> Michel Foucault, *La vida de los hombres infames*, Buenos Aires, Edición Altamira, 1996, pp. 102-103.

<sup>52</sup> Ídem, p. 104.

<sup>53</sup> *El Orden*, 02/12/ 1886.

La asistencia a manos de curanderos y la venta de medicamentos ilegales –los llamados «específicos»– dificultaba la influencia de los médicos, sembrando esperanzas en una ayuda más cercana, accesible y sobre todo menos amenazante. Tempranamente, a principios de noviembre de 1886, se prohíbe la publicidad y venta de medicamentos contra el cólera, por considerarlos un grave perjuicio contra la salud pública. El Dr. Bruland, Presidente del Tribunal de Medicina, desmentía que el polvo negro (sulfuro negro de mercurio) sirviera contra el cólera<sup>54</sup>. Sin embargo, en el peor momento de la epidemia eran frecuentes los anuncios de recetas eficaces, lo cual da cuenta de una tradición de automedicación profundamente enraizada, incluso entre los apologistas de la medicina científica. Un artículo titulado «Poleo y caña» nos cuenta: «Se nos ha dicho que en el establecimiento cañero del Sr. D J C. Méndez varios peones han sido curados, recurriendo a té de poleo y caña. Esta noticia va para aquellos desgraciados que caigan enfermos y no pueden acudir a médicos»<sup>55</sup>.

A medida que avanza la epidemia se especifican y limitan los consejos de higiene, concentrándose especialmente en el trato dado a las deyecciones y la recomendación de consumo de agua hervida; al tiempo que se organiza y extiende la asistencia médica, con la colaboración de profesionales que asisten desde otros puntos del país.

La resistencia a los médicos es connotada como un acto de rebeldía ante la autoridad. La ignorancia y el miedo ya no pueden ser esgrimidos como argumentos, sostenía la prensa, mientras asumía un discurso que cuestionaba la vida de los sectores populares y los responsabilizaba de su desgraciada suerte.

### **«¡A MATAR QUE DIOS PERDONA!»**

#### **EL LEVANTAMIENTO DE LOS SARMIENTOS**

La epidemia alcanza mayor gravedad en las zonas rurales, donde a las pésimas condiciones de vida de la población trabajadora concentrada en torno a los ingenios azucareros, se sumaba la ausencia de infraestructura sanitaria. Esta situación se veía agravada por la resistencia a la atención médica, lo que daba lugar a un

<sup>54</sup> *El Orden*, 30/11/1886.

<sup>55</sup> *El Orden*, 03/01/1887.

«cuadro dantesco [...] con sus escenas de espanto, temor, egoísmo, inmisericordia, especulación, asaltos y robos. Cadáveres abandonados en los campos, huérfanos inocentes, llantos»<sup>56</sup>.

Ante la falta de infraestructura se recurre a los vecinos más notables, práctica frecuente en ese entonces, organizando Juntas Sanitarias en los distintos pueblos. Debían velar por la salud pública, ejecutando los consejos que se impartían desde el Tribunal de Higiene: blanqueo y desinfección de viviendas, registro de los casos de cólera y administración de asistencia, control para limitar el consumo de frutas y fomentar el de agua hervida, ejecución de la prohibición de reuniones en pulperías, entre otras disposiciones. El peligro del caos social estaba latente: la resistencia armada a los médicos, los enfrentamientos entre obreros y la policía en las pulperías, las formas coactivas que caracterizaban el accionar de las comisiones de salud, el hambre y la desesperación, tornaban irascibles los ánimos de quienes sufrían en carne propia la arremetida del flagelo.

Desde los ingenios azucareros se colaboraba en la provisión de agua potable, así como en el control de los enfermos. Sin embargo, el abandono de los obreros enfermos era una práctica frecuente:

«Tenemos conocimiento de que dos dueños de ingenios, cuyos nombres reservamos, han tenido la incomparable inhumanidad de arrojar en las zanjas inmediatas los cadáveres de algunos peones muertos de cólera sin siquiera mandar echarles un poco de tierra para cubrirlos y evitar las miasmas insanas que de ellos se desprenden contaminando la atmósfera»<sup>57</sup>.

El malestar se estaba incubando y estalla finalmente en la localidad de Los Sarmientos<sup>58</sup> el 9 de enero de 1887, constituyendo el primero de una serie de le-

<sup>56</sup> Manuel García Soriano et al., *Crónica de la epidemia del cólera en Tucumán*, S.M. de Tucumán, Instituto Prof. Manuel García Soriano, UNSTA, 1967.

<sup>57</sup> «Inhumano», *El Orden*, 30/12/1886; *El Orden*, 04/01/1887.

<sup>58</sup> Los Sarmientos es una comuna situada al oeste de la ciudad de Aguilares, y distante 85 km al sur de la capital de la provincia de Tucumán.

vantamientos que tuvieron lugar en otras localidades del interior tucumano, tales como Monteagudo, Las Tipas, La Cocha y Famaillá<sup>59</sup>.

Las versiones son contradictorias y los distintos artículos que tratan el tema articulan explicaciones en las que se cruzan disputas políticas, religiosas, económicas y sociales. Sin lugar a dudas son muchas las causas que generaron estos sucesos, que si bien se inscriben dentro de la norma de hechos violentos que caracterizan a los lugares atacados por epidemias, adquieren para el caso de Tucumán características particulares.

Según las fuentes, el número de amotinados oscila entre 200 y 400 personas. La prensa señala el temor al envenenamiento como móvil principal, mientras se deja entrever que subyacía una disputa política provocada por «una mano oscura» que actuaba desde las sombras contra el gobierno provincial. El envenenamiento es descartado de plano como móvil, afirmando que no se habían registrado casos de cólera en Aguilares ni en Los Sarmientos, por lo que la Comisión de Higiene no había tenido ocasión de medicar a la población. Se trataba entonces de un levantamiento de «convulsionados» y «revoltosos», de una «cuadrilla de bandidos» que «tratará de matar a los que han sobrevivido a la epidemia y robar y saquear a los que tienen un real ganado con el sudor de su trabajo honrado»<sup>60</sup>.

Los sucesos son analizados en detalle, y se reconstruyen cada acto y accionar de los principales protagonistas, intentando develar móviles ocultos y complicidades insospechadas. Las víctimas eran vecinos destacados de esa localidad, comerciante uno, comisario y político otros, de los cuales mueren tres, dos de nacionalidad española.

<sup>59</sup> «En Famaillá, el 22 de enero, son saqueadas varias casas por exaltados que creían que las comisiones sanitarias tenían el propósito de envenenar a los contagiados. (...) En Monteagudo se levantan partidas de gente armada, encabezadas por las personas de más prestigio en el distrito que amenazaban de muerte a los miembros de las comisiones de Monteagudo y San Antonio de Quisca, porque creían que las fumigaciones que se practicaban en los ranchos tenían por objetivo envenenar a los contagiados o presentes enfermos. Para evitar sucesos como los de Los Sarmientos de principios de enero, se envían soldados para desarmar las partidas; se temía que con el pretexto de seguir a las comisiones sanitarias se entregaran al saqueo (...) En San Antonio de Quisca, el 23, (...) reúne un grupo de hombres armados, con el propósito de evitar que la comisión de higiene de San Antonio de Quisca fumigue las viviendas...». En: García Soriano, op. cit.

<sup>60</sup> «Montoneros-Muertos-Salida de fuerza», *El Orden*, 10/01/1887.

En un artículo que le dedica al tema, Noemí Godlman<sup>61</sup> caracteriza el levantamiento como parte de los movimientos que, asumiendo las formas de las montoneras tradicionales, expresaban contenidos mesiánicos, una xenofobia violenta, confundidos con una gran resistencia a los procesos de modernización y desarrollo capitalista. De esta manera considera que, más allá de las circunstancias de la peste, otros elementos habrían motivado el levantamiento: el fanatismo, la idea de complot y los sentimientos xenófobos que darían cuenta de la persistencia de una cultura propia de los actores implicados, uno de cuyos rasgos era el que los pobres se concebían como víctimas de todo tipo de desgracias: guerras, enfermedades, desastres naturales, lo que habría apuntalado la idea de una suerte de complot en su contra.

Si bien Goldman señala el hambre, la violencia de las comisiones de higiene y las condiciones opresivas que caracterizaban las relaciones entre patrones y peones como posibles desencadenantes de los sucesos, ninguna de estas causas, ni su conjunción, son señaladas como legítimas y suficientes para generar el movimiento de Los Sarmientos. Afirma, por el contrario, que las montoneras tucumanas de 1887 podrían inscribirse dentro de lo que E. Hobsbawm denominó los movimientos sociales «primitivos»<sup>62</sup>, que en los siglos XIX y XX se vieron enfrentados al problema de cómo adaptarse a la vida y a las tensiones de la sociedad moderna<sup>63</sup>.

<sup>61</sup> Noemí Goldman, «El levantamiento de montoneras contra «gringos» y «masones» en Tucumán, 1887: tradición oral y cultura popular», en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 3era serie, N° 2, Buenos Aires, UBA, 1990.

<sup>62</sup> El término «primitivo» tiene en la historia argentina contenidos que lo asocian a la dicotomía sarmientina «civilización» o «barbarie», cuya instrumentalidad para la elite dominante decimonónica es muy conocida por su fuerte connotación eurocéntrica. Esta connotación ideológica del término primitivo lo hace inapropiado, a nuestro entender, como herramienta conceptual para calificar –como se hace en este caso– un movimiento campesino cuyas características reflejaban el estado material y cultural de la mayor parte de la población tucumana y, quizás, de gran parte de la población argentina del momento histórico que se analiza.

<sup>63</sup> «La esencia del milenarismo es la esperanza de un cambio completo y radical del mundo, que se reflejará en el milenio, un mundo limpio de todas sus deficiencias presentes. [...] No siempre es fácil encontrar la médula política racional de los movimientos milenarios, precisamente debido a que su falta de complejidad, y de una estrategia y una táctica revolucionarias eficaces les hacen llevar la lógica de su posición revolucionaria hasta un punto absurdo o paradójico. Tienen tan poco de práctico como mucho de utópico. [...] Los observadores la describen en términos de histeria de masas. [...] La extraordinaria falta de carácter práctico de los movimientos milenarios ha llevado con frecuencia a los observadores a negarles no solamente virtualidad revolucionaria sino también carácter social». Eric J. Hobsbawm, *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Barcelona, Ariel, 1968, pp. 82-94.

Los elementos señalados por la autora para sostener tal afirmación radican en la composición étnica y social de los revoltosos, las características «antigringas» y antimasónicas de la protesta, así como la propaganda de la iglesia contra el proceso de laización. La autora no considera el abuso de poder, los ultrajes y el hambre como causantes de malestares populares, como móviles racionales capaces de fundamentar un movimiento de reacción armado y organizado. Móviles que a nuestro entender serían, en las gravísimas circunstancias de la epidemia, causa suficiente.

Consideramos que en la medida en que el malestar y la revuelta son interpretados como una «reacción social de tipo nativista», son vaciados de su significación política y social específica. Creemos, por el contrario, que es posible encontrar en esta clase de movimientos algunos rasgos del «bandolerismo social», cuya caracterización es un aporte del mismo historiador inglés<sup>64</sup>.

Repasando brevemente algunos hechos de la revuelta de Los Sarmientos, es evidente el carácter planificado del estallido. La negociación con uno de los miembros de la Comisión de Higiene, a quien se hace firmar un armisticio, y los vínculos políticos de la montonera con la oposición gubernamental pueden ser leídos como una estrategia en la búsqueda de legitimación, ampliación y visualización de la propia causa, a través de la alianza con otros sectores en disputa (masones versus iglesia; gobierno provincial versus nacional; nacionales versus extranjeros) y no como la mera manipulación política de estos sectores populares.

Por todo ello creemos que había una racionalidad subyacente en esta acción popular, en la capacidad de los sectores subalternos de Los Sarmientos para organizar un movimiento de resistencia que, a nuestro entender, tuvo un neto carácter político en la medida en que se oponía al ejercicio de un poder que amenaza la

<sup>64</sup> Las víctimas de los bandoleros sociales eran miembros de grupos singularmente odiados por los desheredados: abogados, religiosos, prestamistas y mercachifles, extranjeros y otros que venían a perturbar la vida tradicional del campesinado. Otro de los rasgos que confluyen con esta identificación es que los bandoleros sociales surgen en sociedades en las que los elementos pobres no logran articular su malestar en una conciencia política clara, ni expresarla a través de métodos eficaces de agitación social. Además los bandoleros adquieren protagonismo en períodos anormales, en los cuales se exagera el malestar social, tales como hambres, guerras y, porqué no, epidemias. La acción política característica de los bandoleros sociales es calificada por el historiador inglés como «nada revolucionaria». Su protesta es contra los excesos en la condición de opresión de los campesinos, por lo cual no esperan configurar un mundo de igualdad, sino frenar los abusos, revertir las situaciones más chocantes de opresión. En: Eric J. Hobsbawm, *Rebeldes...*, op. cit., pp. 38-44.

vida, la salud y la dignidad de los pobres, lo cual explicaría el carácter colectivo que alcanzó la revuelta.

Un artículo de *El Orden*, que realiza un balance del desempeño del gobierno durante la epidemia, enumera los principales hitos de esta catástrofe, señalando algunos de los móviles más significativos de los sucesos de Los Sarmientos que, a nuestro entender, explicarían la racionalidad y autonomía de esta masiva movilización de hombres armados.

Al grito de *¡Maten que Dios Perdona!* se lanza lo ofensiva contra los «gringos envenenadores» de la Comisión de Higiene,<sup>65</sup> que se acercan a la montonera intentando desmentir la acusación de envenenamiento. La prensa ofrece algunos indicios que permiten arriesgar, como decíamos, que los pobladores de Los Sarmientos tenían verdaderos motivos para esta violenta reacción contra los miembros de la comisión:

1. *El Orden* culpabiliza a la Cruz Roja de fomentar el malestar con una serie de desatinos, tales como la quema de ranchos y ropas sin una justa indemnización para los damnificados<sup>66</sup>. Era por todos sabido que «las comisiones eran mal recibidas en todas partes, por esa preocupación común en el mundo entero, en las épocas de epidemia, de atribuir a los médicos intenciones de muerte contra los enfermos, y aquella otra de creer que los remedios no eran tales remedios sino venenos mortíferos»<sup>67</sup>.

2. Cuando se detallan las condiciones en que son asesinadas cada una de las tres víctimas, se cuenta que una de ellas, un español que estaba de paseo por el lugar y que se incorpora como colaborador de la Comisión de Higiene, huye al monte en medio de la sangrienta pelea. Al ser atrapado por los rebeldes, hallan en su bolsillo un frasco de ácido fénico<sup>68</sup>, del cual le obligan a tomar, y ante su negativa es asesinado<sup>69</sup>.

<sup>65</sup> La comisión nombrada para Los Sarmientos fue compuesta por tres miembros; Day, hijo de extranjeros, Zelarayan y Andina, españoles; los tres desempeñaban cargos civiles en el departamento. A esa comisión se agregó Urrutia, español, voluntariamente, que andaba de paseo.

<sup>66</sup> *El Orden*, 19/02/1887.

<sup>67</sup> *El Orden*, 29/03/1887.

<sup>68</sup> El ácido fénico o fenol es muy utilizado en la industria química, farmacéutica y clínica como un potente fungicida, bactericida, antiséptico y desinfectante, y en preparaciones médicas como enjuagadientes y pastillas para el dolor de garganta. De ser ingerido en altas concentraciones, puede causar envenenamiento, vómitos, decoloración de la piel e irritación respiratoria.

<sup>69</sup> *El Orden*, 12/01/1887.

3. Las comisiones reciben la instrucción de prohibir la venta y consumo de frutas porque se consideraba un «atrayente» de la epidemia. La forma en que la comisión ejecuta estas instrucciones provoca, según el diario, el descontento de los pobladores. En un momento en que el hambre se extiende por la campaña la comisión «exageró sus funciones, y creyeron ser más eficaz a su objeto hizo arrancar de los sembrados las plantas rastreras como sandías, melones y otras, con la intimación, si los propios dueños no lo hacían, de trochar los árboles frutales»<sup>70</sup>.

4. Finalmente, y en relación con el episodio del ácido fénico arriba señalado, el mismo artículo refiere que «la comisión de los Sarmientos empezó a ejercer sus funciones, y empezó voluntariamente mal. Sea por jarana o sea con malicia las fumigaciones y desinfectantes se ensayaron primeramente en las mujeres, pero con tales demasías que llegaban hasta ofender el pudor»<sup>71</sup>.

Estos elementos se agregarían a los señalados anteriormente para fundamentar el carácter racional, político y práctico, antes que «nativista y mesiánico» de este movimiento.

### **SECUELAS DEL CÓLERA: LAS LEYES DE CONCHABOS**

La epidemia demostró que el pueblo parecía ser «inmodificable», y que las expectativas de una muerte casi segura no eran suficientes para alterar sus hábitos. Se ensanchaba así el tradicional abismo que lo separaba con las clases «respetables» y «educadas» de la sociedad. Los fracasos en la batalla contra la epidemia demuestran que los avances habían sido ilusorios. Aunque no era nada nuevo, una vez más las clases dirigentes sentían que enfrentaban a un pueblo «incorregible», «dueño de las peores costumbres» y en el que no se podía depositar la menor esperanza.

A partir de ese momento la solución a la «barbarie» del pueblo se buscará a través del establecimiento de instituciones de encierro y corrección: la Casa de Corrección y el Asilo de Huérfanos. Respecto a estas instituciones, se reflexiona acerca de su necesidad por la agravación de los males sociales: la ausencia de servicio doméstico, el abandono de menores, la completa ineptitud para el manejo del hogar, el incremento de la prostitución y el vicio, lo cual compone una generación de

<sup>70</sup> *El Orden*, 29/03/1887.

<sup>71</sup> *Ibíd.*



«hijos raquíticos, viciosos, peores que sus padres: lindísimo plantel de ciudadanos ignorantes y criminales, para el porvenir de nuestra provincia!...»<sup>72</sup>.

Las mujeres y los niños son el blanco de esta nueva estrategia, de corte institucional, que se intenta implantar para revertir la situación. Se avanza en el encierro como estrategia de lo que Foucault llama una «sociedad punitiva»: el encarcelamiento temporal de mendigos y vagabundos, como medio negativo para controlar su posición en relación con el aparato de producción, interviene en nombre del orden y la regularidad.

Los medios transmitían la idea de que sería imposible contar con un servicio doméstico decente, si las «vagas y corrompidas» no eran «enjauladas» y sujetas en el correccional a la disciplina del trabajo<sup>73</sup>. El correccional funcionaría en la práctica como una agencia de conchabos a patrones particulares<sup>74</sup>. En paralelo con el auge azucarero se registra un repunte en las detenciones a mujeres detenidas por «vagas» en los años 1888 y 1889, lo cual revelaría una intensificación de la represión de los sectores dominantes y un aumento de las conductas transgresoras y las fugas de los trabajadores, al que el mayor celo represivo y las leyes de conchabo responderían<sup>75</sup>. Es muy probable, a nuestro entender, que la retracción de la oferta de mano de obra a causa de la epidemia, haya generado la ratificación de las normativas socio-laborales coactivas, lo que se expresó en la sanción de Ley de Conchabos de 1888, a pesar de que en el ámbito nacional se habían agudizado los cuestionamientos a este tipo de legislación.

Cuando la epidemia comienza a disminuir ya se piensa en sus consecuencias para la vida económica de la provincia. En un artículo titulado «No hay peones», se describe el problema de falta de oferta de mano de obra: «Los industriales, los constructores y los empresarios, dicen que no hay peones, y que los pocos que

<sup>72</sup> *El Orden*, 19/01/1887.

<sup>73</sup> *El Orden*, 25/02/1887.

<sup>74</sup> La Casa de Corrección funcionaba como un establecimiento carcelario dependiente de la Sociedad de Beneficencia, en la cual se formaban y luego se colocaba en casa de familias decentes a las sirvientas. El servicio doméstico era uno de los pocos empleos considerados apropiados y honestos para las mujeres pobres. En: Daniel Campi, María Celia Bravo, «La mujer en Tucumán a fines del siglo XIX. Población, trabajo y coacción», en: Ana Teruel (comp.), *Población y trabajo en el Noroeste Argentino*, San Salvador de Jujuy, UNIHR-UNJU, 1995, p. 168.

<sup>75</sup> *Ídem*, p. 167.

quedan piden precios exorbitantes para trabajar. No es cierto. Peones hay y bastantes; pero, parece que estos ya perdieron la costumbre de trabajar...»<sup>76</sup>.

La oportunidad de corrección que el cólera brindaba se había desperdiciado; su saldo, la carencia de brazos, no puede beneficiar a los principales culpables de la expansión del flagelo, favoreciéndolos ahora con abultados salarios. La crítica a los obreros y sirvientes arrecian en la prensa: «Sería bueno que la Policía fuera y vigilara más a esta gente ... en el perseguimiento (sic) de la vagancia y de la corrupción, que por lo visto no disminuye con los azotes de la epidemia»<sup>77</sup>.

La vagancia se impone como el nuevo problema social y se vincula estrechamente con el delito:

«Los individuos que tienen entrada en nuestras cárceles pertenecen al gremio de los jornaleros, ...bajo ese falso nombre está encubierta la vagancia, y quien dice vago muy bien se comprende que habla de ratero, del ebrio consuetudinario y aun de los autores de graves delitos. ...la vagancia se convierte en una amenaza constante para la sociedad ...que quizá más tarde forme un verdadero cáncer social...»<sup>78</sup>.

En el mes de abril de 1887, el balance sobre la epidemia está cerrado. Los fracasos, pese a la dedicación y colaboración de médicos y ciudadanos, son evidentes. Sólo el profundo y definitivo cambio en las costumbres del pueblo, pueden evitar que Tucumán continúe con su ya histórico destino de barbarie. De esta manera se prepara el terreno para un nuevo embate de las clases dirigentes sobre los sectores populares. La reedición de las Leyes de Conchabos, que se sancionarán en el año 1888, asoma en el horizonte:

«El cólera, al atacar esta población debilitada, habrá tal vez contribuido a preparar a los sobrevivientes al cambio de método de vida, y convencido a los propietarios de la actualidad de aquel cambio que deben apresurar por todos los medios»<sup>79</sup>.

<sup>76</sup> *El Orden*, 20/01/1887.

<sup>77</sup> *El Orden*, 09/02/1887.

<sup>78</sup> *El Orden*, 26/02/1887.

<sup>79</sup> *El Orden*, 22/04/1887.

## REFLEXIONES FINALES

A lo largo de este trabajo se abordaron dos temas principales: los mecanismos de control social activados desde distintas instancias de poder y su reflejo en el discurso periodístico oficial; y por otro lado las estrategias de resistencia de los sectores populares frente a los mismos.

Respecto al primer tema, se analizaron los intentos de profundización del proyecto «civilizador» de la mano de la medicalización, y sus estrategias más evidentes, tales como la apelación a los vecinos y religiosos con influjo en el pueblo. También se intentó analizar las metáforas asociadas a la salud y a la enfermedad, en tanto refleja que este proceso de imposición de normas higiénicas, así como de crítica a viejos hábitos y costumbres, eran parte de un marco más general y previo a la epidemia por el cual se pretendía adaptar a los sectores populares a los parámetros requeridos por el proyecto económico y político de la élite. Prácticas que son vinculadas causalmente a los objetivos de la élite de lograr la homogenización y disciplinamiento de la población.

La epidemia fue valorada por las clases dirigentes como una oportunidad única para profundizar este proyecto «civilizador» que se basó, además, en la responsabilización del individuo por la propia suerte: salvados o condenados por la ignorancia, la desidia, la falta de responsabilidad y/o de racionalidad.

Los sectores populares reaccionaron a las tentativas de irrumpir en sus vidas, cuerpos y costumbres a través, muchas veces, de formas coactivas y violentas, tal como atestiguan las fuentes. Las reacciones, algunas sutiles y basadas en la persistencia de la desconfianza, en la fortaleza de las costumbres; otras violentas, como en los sucesos de Los Sarmientos, permiten reflexionar acerca de los límites que encontró el disciplinamiento social.

Se destacó que, pese a los estragos en la población trabajadora, se produjeron avances sensibles en la estructura sanitaria, aunque se evidenciaron más las limitaciones y falencias que los logros. La élite culpabilizó a las malas costumbres de los sectores populares por la difusión de la peste, que los condenaba a la muerte y ponía en riesgo al conjunto de la sociedad. En el momento de los balances, cuando ya lo peor de la epidemia había pasado, se reflexionaba, con tono pesimista, acerca de los inmodificables hábitos del pueblo, que ni el peligro inminente de la muerte había logrado alterar. Este balance es trascendente, a nuestro entender, porque marca la tendencia de un nuevo posicionamiento de la clase dirigente respecto a las clases populares. En adelante, se los verá avanzar por un camino de mayor

dureza en su tratamiento, lo cual se manifestará en la creación de instituciones de encierro, como el Correccional, y en la reedición de las Leyes de Conchabo, mecanismos a través de los cuales se propone corregir a las sirvientas y peones, haciéndolos dóciles y aptos para las labores que requieren las familias pudientes en sus casas y en el proceso de proletarización para la agroindustria azucarera.

Se consideraba que sólo aislándolos de su medio social había esperanzas de cambio, visión que se manifiesta también en los discursos en torno a la creación de un Asilo de Huérfanos, entendido como una institución que brindaría a los niños pobres la oportunidad de librarse de un entorno nefasto, y de la mano y guía de religiosas y mujeres de la élite, llegar a ser ciudadanos decentes.

La carencia de brazos que deja como saldo la epidemia conducirá, entonces, a ratificar las medidas coercitivas, fomentando una nueva legislación que funcionaría en consonancia con nuevas instituciones de encierro y disciplinamiento que en conjunto formarían un complejo coactivo que marcará con dureza la vida del pueblo tucumano.

En nuestra perspectiva sostenemos que el desbarajuste que la epidemia genera en la oferta de mano de obra promovió la ratificación de los reglamentos laborales coactivos (sanción de la Ley de Conchabos de 1888), que si bien otorgaban a los trabajadores mayores garantías que los antiguos reglamentos de policía, se ratifican y reeditan en un contexto nacional adverso, cuando eran objeto de duras críticas tanto a nivel local como nacional.

El análisis del discurso periodístico nos brindó la oportunidad de reflexionar acerca del significado de determinadas adjetivaciones, la negación o invisibilización de determinados hechos o fenómenos, la justificación del «pueblo decente», la acusación al «pueblo bajo»; lo que nos asoma a un universo de ideas complejo, en el cual la vigencia de las teorías en boga, entre ellas el darwinismo social, adquieren una realidad y vigencia insospechados.

Finalmente, se puede decir que el estudio de la epidemia permitió entrever la dinámica de una sociedad profundamente escindida desde lo cultural, lo étnico, lo material, cuyos dos polos opuestos acumulan tensión y parecen estallar repentinamente. La mayoría del pueblo, en este marco, es conceptuado como inconsciente, irracional y objeto de una trabajosa tarea de educación y civilización en el camino de la construcción de futuros ciudadanos.

**Registro bibliográfico**

GARGIULO, MARÍA CECILIA

«El cólera: oportunidades de control y resistencias populares. Tucumán, 1886-1887», en: ESTUDIOS SOCIALES, revista universitaria semestral, año XXI, N° 41, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, segundo semestre, 2011, pp. 97-125.

**Descriptor · Describers**

epidemia de cólera / prensa / control social / sectores populares / resistencia  
epidemic of cholera / press / social control / popular sectors / resistance